

LOS CARNAVALES EN SANTA CRUZ DE LA ZARZA

La religión cristiana ha hecho del calendario una rueda pasional que se repite año tras año a través de los siglos, como afirma con gran acierto el famoso antropólogo español D. Julio Caro Baroja en su libro sobre El Carnaval: «A la alegría familiar de la Navidad, le sucede el desenfreno del Carnaval, al que sigue la tristeza obligada de la Semana Santa, después del periodo de abstinencia correspondiente a la Cuaresma».

Este aspecto cultural del cristianismo es el que nos interesa a la hora de comprender la dimensión de los Carnavales.

El origen precristiano más reciente del Carnaval lo encontramos en las fiestas «saturnales» romanas, fiestas que se celebraban en honor del Dios Saturno. En estas fiestas los romanos elegían al soldado más «bello» de la tropa al que otorgaban las facultades de gobierno en un verdadero «Rey», vistiéndolo con insignias reales. Al terminar la fiesta, este «Rey por unos días» se suicidaba ante el altar del Dios Saturno.

Durante la Edad Media, ya en plena cultura cristiana, tenían lugar fiestas de marcada influencia saturnal, como eran la del «Oficio de los Locos», donde un asno era el protagonista; la «Fiesta del Zorro» y el «Oficio de los Santos Inocentes».

Esta breve introducción histórica nos sirve para entender con mayor profundidad los elementos que configuran el Carnaval tal y como vienen celebrándose durante estos dos últimos siglos y, en particular, tal y como lo celebramos los santacruceros, según recuerdan los más mayores de nuestros vecinos.

Los recuerdos más antiguos del Carnaval en Santa Cruz de la Zarza se remontan al año 1910 aproximadamente. En estas fechas el Carnaval comenzaba el día de San Antón (17 de enero) y continuaba sin interrupción hasta el Miércoles de Ceniza.

No había en la época las comparsas que en hoy en día conocemos; se trataba más bien de grupos de 8 a 12 personas que ataviadas con sus disfraces y máscaras recorrían las calles del pueblo. Sin embargo, los bailes de máscaras se celebraban únicamente en tres días señalados: El Domingo de Carnaval, el Martes de Carnaval y el «Domingo de Piñata» (mismo Domingo de Cuaresma). Existía entonces en Santa Cruz de la Zarza dos bandas de Música (la Banda Nueva y la Banda Vieja) y un grupo de Acordeones y violines que desapareció unos años después. Estos tres grupos musicales participaban conjuntamente en la Fiestas del Carnaval, hasta la desaparición del Grupo de acordeones y Violines, a partir de la cual, los Carnavales fueron amenizados por las dos Bandas, la Vieja y la Nueva. Todavía recuerdan nuestros mayores a Don Baltasar «El Matamoscas», que era el portavoz de la Banda Nueva. Don Baltasar acudía todos los años, antes del inicio de la fiesta, a la Academia de la Banda Vieja para acordar conjuntamente los turnos que debían corresponder a cada banda en los bailes para tocar sus piezas; en cada turno se tocaban seis piezas.

El programa de actos se iniciaba el Domingo de Carnaval y el Martes de Carnaval, con una visita de rigor al Sr. Alcalde que invitaba a los músicos a degustar buen vino para levantar el ánimo. A continuación, las bandas y demás comitiva realizaban un recorrido por la calle Mayor, calle Juan Cano, calle Coso y calle Convento, para terminar en la Plaza del Ayuntamiento (hoy Plaza de la Constitución) donde las bandas, en riguroso turno, tocaban piezas musicales durante toda la tarde. Los actos finalizaban con el «Baile de Máscaras» que se celebraba, siempre en la Tercia, a partir de las nueve de la noche. Las bandas se repartían el protagonismo de estos bailes: el Domingo de Carnaval tocaba la Banda Vieja, el Martes de Carnaval la Banda Nueva y el «Domingo de Piñata» tocaba el Grupo de Acordeones y Violines, hasta su desaparición.

Los bailes se iniciaban con el tradicional pasodoble al que seguían corridos mexicanos, boleros y chotis. También se tocaban las zarzuelas que en esos años estaban de moda, como la del «Huesped del Sevillano», más conocida como «Las Lagartera-

nas». Continuaban los músicos con las habaneras, a las que ponían letras satíricas alusivas a temas que en ese momento estaban de actualidad.

A la habanera seguía la polca para terminar con un vals corrido. También estaba de moda en esta época la famosa canción «Dónde vas Alfonso XII...», no olvidemos que estamos en pleno periodo monárquico, conocido históricamente como «La Restauración Española». En 1912 se puso de actualidad la canción conocida como «El Bacalao», que amenizó el Carnaval de dicho año.

En 1915 la entrada al Baile de Máscaras costaba 60 céntimos, precio que era asequible para la mayoría de los santacruceros. Pero al año siguiente, recuerdan nuestros mayores cómo el Alcalde subió el precio de la entrada al baile que protagonizaba la Banda Vieja, hasta la cantidad de tres reales (75 céntimos) con el fin de evitar que asistieran al mismo los «cueveros», es decir, los vecinos más pobres que vivían en las cuevas de la localidad. La recaudación de estas entradas se entregaba a la Banda Vieja que, a su vez daba una parte de dicha recaudación al propio Ayuntamiento.

Los disfraces, en aquellos años, eran muy sencillos. Se confeccionaban con las ropas que cada familia tenía en su casa; los hermanos y hermanas se intercambiaban ropas con el fin de disfrazarse el hombre de mujer y la mujer de hombre. Esta costumbre, que nos recuerda los orígenes paganos del Carnaval, daba lugar a coqueteos travessos que originaban situaciones realmente divertidas. Así, por ejemplo, D. Nazario Sánchez Urbina recuerda cómo su padre, disfrazado de mujer, sacó a bailar a un amigo que no se percató de la verdadera identidad de la mujer que en ese momento tenía en sus brazos.

En estos bailes de máscaras, además de servir a los jóvenes y no tan jóvenes para «mocer» (hoy diríamos ligar), aprovechaban los ex-novios, que habían roto su relación por el motivo que fuese, para saldar sus cuentas. Todo esto se producía bajo la mirada atenta de las madres que, también enmascaradas, acudían al baile para curiosear a las parejas en sus divertimientos.

Sin embargo, no todos los disfraces eran tan modestos. Entre los años 1925 y 1930 doña Margarita Oteros, que vivía en la calle San Miguel, alquilaba disfraces al precio de dos reales y de una peseta; eran disfraces de reyes y reinas, de personajes legendarios o de fantasía. En esos años eran famosas las faldas de meriña que también alquilaba doña Margarita, pero que en muchos casos se confeccionaban por las propias mujeres de Santa Cruz de la Zarza. Se imitaba con estas faldas a personajes de zarzuelas que se representaban en Madrid. Muchos personajes famosos eran satirizados en Carnaval tanto nacionales como locales; así,



por ejemplo, una cuadrilla de ladrones que en aquellos años «funcionaba» en el pueblo. En 1915, año arriba año abajo, se disfrazaron los músicos de la Banda Vieja y todavía se recuerda la copla que cantaban: «Somos murgantes compositores, traemos rotos los pantalones».

Una semana antes del Carnaval paseaban ya sus disfraces por las calles del pueblo los santacruceños. Tal era la ilusión que despertaba esta fiesta. «Las cuadrillas» eran recibidas en las casas donde se les ofrecía rosquillas y donde los mozos, armados con un tenedor que tenían oculto bajo el disfraz, metían la mano en los pucheros para «robar» las «típicas albondiguillas» que se comían en esos días.

Para inmortalizar esos momentos acudían los vecinos al retratista don José Bueno, autor de muchos retratos que se guardan en nuestras casas.

Una parodia ritual, común en muchos pueblos de España y cuyos ancestros nos remontarían a esas fiestas saturnales de los romanos, ha sido mofarse en los Carnavales de un personaje-muñeco con forma o expresión humana. En Cáceres es famoso el «Peropalo», en Zamora el personaje es el «Zangarrón», en Navarra los «Monotxorros», en Guadalajara «Los Botargas». En Santa Cruz de la Zarza el personaje era en aquellos años 20 el «Tío Trotaperros», que con su horrica pintada y con plumas de indios era la primera máscara que aparecía en escena en el día de San Antón.

A finales de los años veinte ocurrió un acontecimiento que dio lugar a la máscara más recordada, «El Cocodrilo». Sucedió por aquellos días que el Sr. Alcalde, don Juan Palomo, quedó viudo a los 60 años y en esta situación decidió amancebarse con una joven de la Zarza que debía tener a la sazón unos veinticinco años. Tenía el Alcalde una finca en «Montruéque», que atravesaba el río Tajo. Estaban bañándose los amantes en el río como Dios los trajo al mundo, cuando fueron sorprendidos por avispados bañistas. El Alcalde, al verse descubierto, dijo que había un cocodrilo en el agua y que todos evitaran ese lugar, pues era muy peligroso. Con este engaño pretendía el edil gozar de románticos baños con su bella amada en pacífica soledad, lejos de miradas curiosas. Los santacruceños rieron mucho con el ardid del municipal y decidieron inmortalizar el evento. Construyeron una gran máscara de paja que representaba al reptil y que fue el cachondeo del Carnaval de ese año. Don Avelino «El Picardías» y otros amigos escribieron la copla que cantaban los divertidos santacruceños; el protagonista era un valiente arponero que bajo el nombre de José Parrales daba caza al insólito animal (prometemos localizar y publicar las tan conocidas «Coplas del Cocodrilo»). La comitiva del cocodrilo se dirigió a la Plaza del Ayuntamiento, de cuyo balcón salió el Alcalde don Juan Palomo y proclamó: «¡el cocodrilo soy yo!»... Años más tarde se casaron los novios. Tres hermosos hijos dio la zarceña a don Juan.

Las carnestolendas llegaban a su final el Miércoles de Ceniza con el «Entierro de la Sardina». Lo curioso del «Entierro de la Sar-

dina» es su origen, que se remonta al reinado de Carlos III. Parece ser que unos nobles celebraban en Madrid la fiesta de Carnaval, e hicieron traer de Santander unas famosas sardinas. El pescado llegó putrefacto debido al largo viaje, por lo que estos aristócratas decidieron enterrar a las sardinas a orillas del Río Manzanares. La ceremonia contemplada por el pueblo de Madrid se incorporó a la fiesta como un rito más.

En Santa Cruz de la Zarza el Miércoles de Ceniza era un día entrañable: las dos bandas organizaban juntas una fraternal comida a la que acudían maquillados los músicos: al llegar la tarde, contento el cuerpo y entonado el espíritu bien comidos y bien bebidos, arrancaban los músicos con el «Himno de Riego», himno nacional de los constituyentes de Cádiz de 1812. El atrevimiento era casi una osadía, ya que el himno liberal, en honor de «la Pepa», estaba prohibido por el Rey Alfonso XIII.

De luto y con capa negra encabezaban los músicos el duelo, acompañando con lágrimas y lloros a la triste Sardina que despide el Carnaval: «Miércoles de Ceniza, qué triste vienes...». Al evento asistían los vecinos disfrazados para la ocasión, resaltando los disfraces de guardia civil y de cura.

Con la llegada de la «Segunda República» el ambiente sufrió un cierto cambio; las simpatías políticas decantaron a las bandas. La Banda Vieja se proclamó de derechas mientras que la Banda Nueva se apuntaba a las izquierdas. El Baile de Máscaras se dividió. La Banda Nueva continuó tocando en la Tercia mientras que la Banda Vieja tocaba en el cine «del tío Boni», aunque en alguna ocasión tocó también en el Convento Viejo.

En 1931 se estrenaron los chotis «El Pichi» y «Los Nardos». Al año siguiente «Las Leandras», que cantaba Celia Gámez en la Zarzuela de Madrid. También se estrenó «La Tomasa», de corte militar. Estas canciones se tocaban en la Tercia, bajo la dirección del Tío Adolfo «El Maestro». Con la República se acabaron las visitas al Ayuntamiento; el ambiente municipal parece ser que no estaba para fiestas.

La Guerra Civil suspendió las fiestas de Carnaval. El General Franco continuó esa suspensión y las máscaras se prohibieron. No obstante, en Santa Cruz de la Zarza continuaron celebrándose los bailes de carnaval, amenizados por la Banda de Música. Lugares típicos donde se celebraban estos bailes eran «Casino de Boquilla», «Baile de Avia», «Baile del Parro», «Tercia», y «Jehisa», lugares donde se han realizado últimamente.

A partir del año 1989, y organizado por el Ayuntamiento, se viene celebrando el «Sábado de Carnaval» con el Desfile de Comparsas por distintas calles de nuestra localidad y con la participación de numerosos vecinos de nuestro pueblo.

También se viene celebrando y organizado por la Banda de Música «La Filarmónica» los Bailes de Carnaval, siendo un exponente de alegría y regocijo para todos los vecinos.

Comisión de Trabajo

CARNAVAL '95

Y así llegamos a la edición del Carnaval de este año. En esta ocasión, los santacruceños se han volcado totalmente en la organización y participación de su carnaval. Y aunque han participado menos comparsas que en el año anterior (12), los grupos han sido mucho más numerosos (en algunos de ellos participaban tres generaciones de una misma familia).

Hay que destacar el derroche de imaginación y laboriosidad de todas las Comparsas que, con su trabajo, han contribuido a conseguir un carnaval de extraordinario colorido y brillantez.

El desfile comenzó a las 16,45 horas desde los Caños para, desde allí, iniciar el recorrido que culminaría en la Plaza de la Constitución. Una vez allí, las Comparsas desfilaron ante el Jurado, representando ante éste una actuación previamente ensayada.

Los miembros del jurado (a los que hay que agradecer aguantaran estoicamente el frío reinante) deliberaron rápidamente (ya que el proceso de recogida de puntuación lo exigía así) y otorgó los siguientes premios:

Categoría infantil: «Sinfonía de Muñecas». **Categoría juvenil:** «Melodía de Carnaval». **Categoría adultos:** «Ya corren otros aires».

Destacar, asimismo, la participación fuera de concurso de la comparsa «Fiesta de Colores», procedente de Cabezasada.

Por último, enumeramos a continuación los miembros del Jurado: Doña Manuela Manzanares Huelves, doña Aurora Bernaldo García, doña Carmen García Amores, don Miguel Martínez Muñoz, doña Amanda A. García Carrillo. Un miembro de cada comparsa participante.

